

XXXIV CARTA PASTORAL

QUE

EL ILMO. Y RMO. SR. ARZOBISPO DE QUITO

DOCTOR DON JOSE IGNACIO ORDOÑEZ

DIRIGE AL CLERO Y A LOS FIELES

DE SU ARQUIDIOCESIS



QUITO

—
IMPRESA DEL CLERO.
—

1892

NOS, JOSE IGNACIO ORDOÑEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE,

ARZOBISPO DE QUITO, &c., &c.

AL VENERABLE CABILDO METROPOLITANO, AL VENERABLE
CLERO SECULAR Y REGULAR, Y A TODOS LOS FIELES DE
NUESTRA ARQUIDIOCESIS:

SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Ecce levabo ad gentes manus meas, et
ad populos exaltabo signum meum. (Isai.
XLIX, 22.)*

Por todas partes nos rodean, amados fieles, las obras de Dios, mas por nuestra flaqueza y apocamiento no paramos la mente en contemplarlas como es debido, que si así lo hiciéramos viviríamos siempre arrebatados en su admiración, pues la menor de ellas tiene bellezas bastantes para que el alma se apaciente en su hermosura.

En todas estas obras de Dios vive Jesucristo que ha existido antes de los siglos como Verbo de Dios, desde que el Señor como dice el mismo Verbo, le poseyó en el principio de sus caminos, por tal manera que su belleza se refleja hasta en las cosas del universo cuya unidad y variedad, expresión y movimiento,

colorido y acción las ha tomado de Él; siendo ahora Jesucristo conservador de todo cuanto hay conjuntamente con su Padre, y siendo además, el único término de todas las cosas, pues fuera de Jesucristo nada podemos esperar y porque fuera de su conocimiento y amor todo es desdicha y aflicción de espíritu. Él es nuestro padre, médico, abogado y amigo, ni vivimos sino en cuanto Él vive en nosotros, ni su Iglesia tiene existencia aparte de la de Él como dijo San Gregorio: *Christus cum tota sua Ecclesia una persona est.* Y por eso Jesucristo en los destinos y sucesión de los humanos es la más excelsa personalidad que con ella vive y crece con los siglos y á todas partes va, y en todas se entra, ni hay gentes que le resistan ni barreras que le detengan. El mundo existente por Jesucristo y para Jesucristo, he aquí el designio de Dios según viene explicándose aún á los ojos de la simple razón por lo acontecido en la marcha de los tiempos.

Por esto, nunca ha negado Dios á la humanidad la gracia de la santificación por medio de Jesucristo. Perdido vagaba el linaje humano por entre las sombras de la muerte; hace entonces sonar la hora de su venida á la tierra y precisamente en momentos en que parecía que Él iba á ser rechazado para siempre de ella. Los hombres y las instituciones habían renegado de todo sometimiento á la Esencia Soberana, y sólo trataban de hallar la felicidad en los objetos materiales; mas, viene Jesucristo y todo cambia y se transforma maravillosamente, y las ciudades, aglomeración antes de hombres consagrados al culto de unas divinidades que eran la personificación de los vicios más vergonzosos, se tornan en semilleros

de santos; los mismos que antes vivían en delicadeza y aborrecían hasta el nombre del dolor se vuelven esforzados confesores de la fe y dan su sangre en confirmación de sus creencias; vienen los ídolos á tierra y en todas partes se ostenta la gloriosa enseña de la cruz. Jesucristo ha triunfado; en su diestra resplandece el signo de su victoria, la cruz que simboliza la más hermosa obra de Dios, la religión santa que nos deja en legado.

Las obras de Dios se realizan por Jesucristo, las de Jesucristo por la cruz. Hablaros, amados fieles, de las glorias de la cruz es hablaros de las glorias del cristianismo; élla ha sido la llave maravillosa que nos ha abierto las puertas del reino de los cielos, élla la que tenían en mira la generaciones que precedieron á Jesucristo, el término á donde convergían todas las esperanzas de los Patriarcas, todos los suspiros de los reyes, todos los anhelos de los Profetas, porque señalaba el punto de partida de un mundo nuevo que había de marchar con seguro paso á la consecución de su felicidad. Antes de la cruz estaba perdido el mundo, después de ella salvado.

Abrazada por Jesucristo con ternísima efusión en la ladera del Calvario, santificada con su contacto divino, bañada con su sangre, es la cátedra desde donde nos enseña la caridad, el perdón de las ofensas y la suprema ley del sacrificio. Da con ella en rostro al mundo su insensatez y hace ostentación no de su divinidad fuerte y poderosa, sino de la humildad de su pasión, lo que hace exclamar á San Agustín: *In cruce redemit homines, non per potentiam deitatis sed per justitiam et humilitatem passionis.*

Emporo, en la cruz no tan sólo resplandece la bondad de Dios, mas también su sabiduría porque ella ha venido á presidir toda ciencia á concordar todo conocimiento; á su vista huyen las tinieblas de la ignorancia como las de la noche á la aproximación del día.

Es además fortaleza, no obstante su aparente debilidad: *quod infirmum est Dei, fortius est hominibus.*

No cumple á nuestro objeto, amados fieles, el recordaros sus primitivos triunfos sobre los grandes pueblos, ni como luego de extendido el cristianismo, conmovió todos los corazones y fué poderoso á transportar á la Palestina á millares de gentes de diversas procedencias y lenguas, para efectuar esos magnos acontecimientos conocidos en la historia con el nombre de Cruzadas.

Estaba reservado á la cruz un nuevo y brillante triunfo, que conmemoramos ahora con indecible júbilo y gloria purísima de nuestra santa Religión. Nos referimos al descubrimiento de América, magno acontecimiento cuya hora toca al catolicismo, sin que los enemigos de él puedan en manera alguna disputárselo.

Próximo á espirar estaba el siglo XV, y Dios preparaba este suceso que iba á modificar profundamente las condiciones del mundo. Acá, á inmensa distancia de los continentes conocidos, guardaba amorosamente otro mundo espléndido, al que se había complacido en adornar con los más opulentos dones de la naturaleza. Nadie sospechaba siquiera su existencia. ¿Quién será el afortunado mortal escogido por Dios para tan alta empresa como será la de descubrir esas regiones ignotas

á fin de entregarlas á la verdadera fe? Nadie sino Cristóbal Colón, hombre privilegiado que amaba fervientemente á Dios, y cuya poderosa inteligencia no concebía lo grande sino para el servicio del Señor. Sí, Cristóbal Colón, cuya admirable historia es de todos conocida, recibe de lo alto esa misión extraordinaria que no la llenará sino después de infinitas contradicciones y amarguras.

Y ahora cuatrocientos años, el magnánimo Cristóbal Colón zarpa con sus naves del puerto de Palos en la católica España. Toda la población le ha visto por la mañana confortarse con el Pan de los fuertes antes de acometer su heroica empresa. Y cuando dirige su rumbo á las playas de este continente que habitamos, no le falta un instante el valor en los mayores peligros; bástale dirigir una mirada á la cruz. Después de nueve semanas de viaje da con el Nuevo Mundo, y su primer acto es tomar posesión de él en nombre de Dios y plantar en su suelo afortunado la sagrada cruz.

Así lo dice expresamente nuestro Santísimo Padre León XIII en su Encíclica última dada en honra de Colón, cuando de él expresa que *adonde quiera que aborda, su primer cuidado es clavar la cruz en la orilla: el sacratísimo nombre del Redentor, tantas veces ensalzado y celebrado al compás del rumor de las olas, suena primero en su boca en las islas que va descubriendo; y, á la usanza española, el primer edificio que levanta es una iglesia, y el principio de los regocijos populares una función religiosa.*

Conquista de la cruz es este mundo inexplorado; va pues á hacerse sentir la influencia civilizadora de ella; á su vista caen los ídolos, cesan los sacrificios humanos, cede la barbarie ó

el salvajismo de las razas embrutecidas por el servicio de Satanás; se impone para dirimir contiendas ó para templar crueldades, aún en esos mismos casos en que las pasiones de los hombres se muestran desapoderadas en daño de los conquistados; la cruz abraza al Mundo antiguo y al Mundo nuevo en estrecha lazada y con vínculo de caridad, de concordia y de civilización, realiza lo que dijo Lactancio cuando afirmó que élla “tiene los brazos extendidos, para significar que de Oriente á Occidente vendrían á cobijarse bajo su poderosa protección, un gran pueblo formado de todas las naciones y que hable todos los idiomas.”

Triunfo ha sido éste, amados fieles, de inmensos resultados en orden al incremento de la santa fe católica y al servicio de Dios; porque con él se reparaba la deserción de varias naciones que iban á apartarse del regazo de la Iglesia que las había favorecido por muchos siglos, para correr tras el protestantismo falaz y mentiroso; el descubrimiento de América era, de consiguiente, obra providencial de Dios que señalaba nuevas naciones para que recibieran la luz de la fe, que abría otros campos donde ejercitar su bondad por el establecimiento del cristianismo, y que preparaba el culto merecido por sus soberanas perfecciones. En efecto, en toda la extensión de las tierras recién descubiertas se levantan altares para ofrecer la víctima del sacrificio que le es agradable, quémase el incienso de la adoración. Por la cruz, las naciones conquistadas, esclavas antes de envilecedoras costumbres y de diabólicas creencias, iban á entrar en la vida de civilización cristiana, á compartir

las ventajas sociales é individuales emanadas de la práctica del Evangelio.

Gloria tan pura de la cruz no ha podido subsistir sin que se ensañaran contra ella sus enemigos. Porque, en efecto, la moderna impiedad ha pretendido empañarla, como ha pretendido igualmente aminorar la gran figura de Colón, sin conseguir en su desgraciado intento sino realzar al héroe cristiano y poner de relieve la magnitud de su empresa, impulsada antes que por cualquier otro motivo, por el sentimiento religioso.

Empero, si tanta es su magnitud, menester es que cumplamos con las obligaciones que él mismo nos impone: y primeramente, como todo el mundo se apresta á conmemorarlo, justo es que nosotros lo hagamos cual corresponde á nuestro carácter de católicos, que en tan ingente acontecimiento vemos de preferencia la acción providencial de Dios. Así, en el centenario del día propio en que la cruz aportó á América, hemos de rendir fervientes agradecimientos á Dios por la vocación de este Nuevo Mundo á la fe católica.

Ordenamos pues, que en nuestra Catedral, en todas las iglesias de las Ordenes regulares y en las parroquiales se cante el día 12 de octubre próximo la Misa solemne de la Santísima Trinidad, con lo que nos conformamos á lo dispuesto por nuestro Santísimo Padre León XIII en la Carta ya enunciada. Excitamos igualmente para que en el propio día se hagan manifestaciones de índole religiosa, como sería la reunión de un Congreso Eucarístico, sesiones públicas de los círculos ó asociaciones católicas, etc.

Más, todo sería vano si no correspon-

diéramos debidamente á nuestra condición de siervos de la cruz que simboliza el dogma y la moral. Para corresponder á lo que pide de nosotros este carácter, es preciso que seamos católicos perfectos, lo cual no conseguiremos sino mediante el ejercicio de las virtudes enseñadas por Jesucristo en la cruz. Venga la caridad á establecerse entre nosotros, á informar todas nuestras relaciones, á fin de que no tengamos sino un solo corazón y una sola voluntad empleados en amar á Dios y en amarnos mutuamente por amor de Dios. Reine la justicia, señora de los pueblos, el orden que hace concurrir todas las cosas al imperio de la paz. Pero, sobre todo, venga el valor cristiano, esa virtud practicada en tan alto grado por Colón, esa virtud que comporta intrepidez y generosidad. Colón, en su cristiana empresa, no conoció el temor; ninguno de nosotros debiera conocerlo en tratándose de las empresas de Dios ó del cumplimiento de nuestras obligaciones; Colón procedió con perseverante energía sin desmayar en su empresa un solo momento; así nosotros cuantas veces cumpla al honor de Dios; el gran descubridor sacrifica cuanto tiene en testimonio de que cuando se ama, nada hay que á uno le detenga; mas nosotros, tenemos que informarnos en el espíritu de sacrificio, especialmente en la guerra que á las obras de Dios mueven los espíritus infernales y las potestades tenebrosas de la tierra. La cruz es ahora perseguida, Jesucristo ultrajado; muchos le dicen: "no queremos reconocer tus beneficios; has venido á nosotros mas nosotros no iremos á tí."

A los hijos de América nos toca volver por la honra de Dios, por el esplendor de

la cruz; puede que con ella, cuando otros continentes hayan perdido completamente la fe, el valor cristiano de América, cual nuevo Colón vaya á conquistar esas regiones para Jesucristo, á quien sea dada honra y gloria por los siglos, y mediante cuya gracia y merecimientos os bendicimos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Todos los rectores de iglesias de nuestra Arquidiócesis, leerán esta Carta Pastoral, el primer día festivo siguiente al en que la recibieren.

Dada en nuestro Palacio Arzobispal, á 15 de septiembre de 1892.

✠ JOSÉ IGNACIO,

ARZOBISPO DE QUITO.

J. Alejandro López,
Subsecretario.

